

Universidad: Universidad Católica Argentina
Facultad: Psicología y Educación
Nombre de la cátedra: Filosofía de la educación.
Titular: Dra. Graciela B. Hernández de Lamas

UNIDADES I - VI

VISIÓN COMPLEXIVA DE LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

FIN DEL EDUCAR: ¿PERSONALIZAR O DIVINIZAR?

*Nadie puede entrar en el cielo si antes
no ha entrado en el castillo de su alma.
Sta. Teresa de Jesús¹*

Nos hemos ocupado de buscar respuestas desde nuestra ciencia a algunos interrogantes básicos del hombre. Y esta búsqueda ha sido una constante, con hitos y situaciones similares, desde la filosofía y la metafísica, la poesía y el mito, la religión y la pedagogía. Son lugares comunes que parten siempre de un hombre que se presenta indigente, carenciado, casi desdoblado. En realidad no sabe bien ni siquiera quién es, hace el mal que no quiere y no puede hacer el bien que quiere². Pero tiene una aspiración: un *eros*, dirá Platón³, un *impulso óptico*, Quiles⁴; *eros*, que lo lleva a emprender un camino que se presenta como arduo. Este impulso es renovado y potenciado por la esperanza de *ver (ὄραω)* algo que no se ha visto pero de lo que se tiene algo así como una sospecha, por algún *vestigio* o pista. Y en ese camino se necesita de un auxilio, de alguien que guía para llegar a esa meta o cima tan ansiada. Ese alguien es un maestro, un ángel, Atenea, la Beatriz del Dante, Dios mismo como principio exterior o interior.

Este proceso es el de la educación, visualizado como un camino que está incoado desde el principio, pero que se va descubriendo y que lleva al peregrino a encontrarse con él mismo, a conocerse, a percatarse de sus limitaciones, miserias y *grandezas* insospechadas. Lo lleva a ser más y mejor lo que ya era. Éste es un camino de conocimiento y amor, de sabiduría y salvación, de *personalización* y *divinización*. En definitiva, de ser mejor en lo más específico. Lleva al hombre a ser *más persona, casi divina* y al mismo tiempo, al encuentro con Dios.

Trataré de desplegar a grandes rasgos todo este proceso a partir de los griegos, que siempre son la matriz originaria. Ejemplificaré con el camino que describe pormenorizadamente San Agustín, ya que es paradigmático.

En los griegos está también la semilla del proceso de *autoconciencia* o mejor, *conciencia* a secas, en la medida en que Sócrates reivindica como momento especial de su filosofía el *conócete a ti mismo*. A poco de meditar en este mandato nos persuadimos de que es un componente del fin de la educación. Este conocerse no es ni originario ni fácil, dadas la opacidad del hombre para sí y el hecho de que la primera intencionalidad del espíritu sea hacia la realidad exterior. Necesita de todo un camino catártico y de purificación que coincide con el camino de la sabiduría. Culmina en la contemplación de lo más perfecto, Dios; con la potencia más perfecta, el intelecto; mediante el hábito más perfecto, la Sabiduría⁵. Esta cúspide exige el dominio y cierta transparencia de sí.

¹ Dice literalmente: "Pues pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros conociéndonos y considerando.... es desatino". *Teresa de Jesús*, *Moradas del Castillo interior*, pág. 375.

² SAN PABLO, Ep. Romanos, cap. 7, vers. 15 – 16.

³ PLATÓN: Fedón.

⁴ QUILES, I.: *Filosofía de la Educación* personalista, Capítulo II, pág. 36.

⁵ ARISTÓTELES: *Ética Nicomaquea*, Libro X, cap. t.

En la búsqueda consideraré:

1. *El fin de la educación*, que me llevará a considerar en vías de fundamentación a 2. *La naturaleza humana y su perfección*; 3. *El proceso* en el que consiste la búsqueda de tal perfección; 4. *Lo educativo* de este proceso ya que el hombre originariamente es incapaz de iniciar el camino que ansía y necesita de un guía o maestro que lo auxilie y acompañe y le ayude a resolver el conflicto y encontrar el verdadero sentido de su propia vida; 5. *La contemplación y gozo* como el fin del proceso. Poco a poco aquel hombre que inicia el camino se ha ido transformando y, en la presencia de la Perfección de lo contemplado se hace transparente para sí, llega a conocer y gozar al Absoluto y también a conocerse plenamente a sí mismo.

1. Fin de la educación

“No hay autor que no se plantee la cuestión del fin de la educación. Es esencial ya que el fin es la razón de toda actividad humana. El ser humano siempre pretende algo cuando realiza una acción y, más todavía, una serie eslabonada de acciones, por un tiempo bastante largo, como es el caso de la educación. Sea cualquiera la filosofía que se profese, es necesario enfrentar con sinceridad cuál es el fin de la acción educativa. La mayoría de los autores concuerdan en reconocer que la educación tiene un fin determinado, el cual debe conducir y orientar el proceso educativo; es una meta, un ideal, al cual hay que acercarse en el mayor grado posible”⁶.

La educación tiene, entonces un fin. Hay que partir de su análisis para considerar el proceso educativo. Y como la educación es un accidente del hombre, es evidente que debe tener relación con el fin del hombre. Para buscarlo hay que considerar que el fin de todo ente es la perfección de su naturaleza. Es lo perfecto, lo *todo hecho*, terminado en sentido perfectivo y no limitativo. Designa lo mismo que el concepto aristotélico de *entelequia* como esencia acabada que se desarrolla “dentro de la línea de su propio ser, al máximo posible y con la mayor perfección posible”⁷.

El fin del hombre coincide entonces con la perfección de la naturaleza humana, por lo que éste es el fin de la educación. Esta naturaleza es algo así como el *programa* que ha de estudiar y ha de seguir el propio educador.

¿En qué consiste esta naturaleza humana y su fin?

2. La naturaleza humana y su perfección

La naturaleza es aquello con lo que se nace. Y ¿qué es esta naturaleza en el hombre? Lo que la distingue es su particular modo de ser espiritual. El hombre es un espíritu encarnado con una unidad substancial de cuerpo y el alma. Ni el cuerpo ni el espíritu solo constituye al hombre. Lo definitorio de éste es el ser persona con esta naturaleza espiritual que se manifiesta en distintas propiedades reducibles a tres: su capacidad de abstraer, el poder de reflexionar sobre sí y tener conocimiento o conciencia de sí mismo y de sus actos y el poder tender hacia bienes no ligados a sus instintos y tendencias vitales, es decir, el poder ser libre⁸. Estos tres tipos de actos, en que se agrupan los propios del espíritu en el hombre: abstracción, conciencia y libertad son manifestación progresiva de su ser más específico. Se comienza con un conocimiento sensible de lo exterior, la abstracción es fruto de maduración y aprendizaje; el conocimiento de sí, que es posterior al conocimiento de la realidad exterior es muy borroso durante largo tiempo,

⁶ QUILLES, op. cit., pág. 123

⁷ idem, págs. 23 – 24.

⁸ LAMAS, F. A.: El hombre fundamento de la vida social, en Moenia XX, Buenos Aires, Instituto de Estudios Tomistas, 1985.

y es trabajo para toda una vida; y en cuanto a la libertad, como dice Ruiz Sánchez, el hombre no educado es “más liberable que libre”. Éste es precisamente el fundamento de la posibilidad y de la necesidad de la educación

El hecho de que formen una unidad el cuerpo y el alma no significa que tengan igual jerarquía. Aristóteles dice que “el ser de cada hombre consiste en la razón o en ella principalmente”⁹, ya que es la “parte más señorial de sí mismo”, “su principio dominativo”, de tal modo que “la razón es, para cada hombre, su verdadero ser”. Por esto el contenido de la perfección del hombre ha de buscarse en esta parte esencial. Aquí cabe aclarar que para un griego, lo mismo que para un Padre de la Iglesia, el contenido significativo de la palabra *razón* es mucho más rico que la palabra y el concepto que, vaciados por los racionalismos, hemos heredado. Hoy el concepto de razón es algo aislable que parece contraponerse a la *fruitio*. Y no es así. Como veremos su actividad refleja al hombre en su integridad e implica el gozo y la *fiesta*.

La actividad propia de la inteligencia es la contemplación, que no tiene otro fin fuera de sí “y contiene además como propio un placer que aumenta la actividad”¹⁰. En esta actividad, que debe involucrar toda la vida del hombre, parece consistir la felicidad perfecta del hombre.

Sólo se puede dar esta actividad en el hombre en la medida de lo divino que hay en él: “en cuanto que hay en él algo divino”. Si la inteligencia es algo divino con relación al hombre, la vida según la inteligencia será también vida divina con relación a la vida humana, según repite Aristóteles. Esta vida divina se presenta en cierto modo como connatural al hombre, pero requiere un esfuerzo grande. Ya que es posible sería indigno de un hombre libre no aspirar a ello¹¹. Por esto, “en cuanto nos sea posible *hemos de inmortalizarnos* y hacer todo lo que en nosotros esté para vivir según lo mejor que hay en nosotros, y que por pequeño que sea el espacio que ocupe, sobrepasa con mucho a todo el resto en poder y dignidad”¹².

Incluso podría sostenerse que este principio o elemento es el verdadero ser de cada uno de nosotros puesto que es la parte dominante y superior. Entonces sería absurdo que el hombre no escogiese la vida de sí mismo sino la de otro ser¹³. Vemos que para Aristóteles el escoger esa opción por la divinización, por aspirar a lo mejor de sí, es aspirar a ser uno mismo, fiel a la verdadera esencia. Y es en esa fidelidad donde se encuentra la felicidad, ya que “lo que es naturalmente lo propio de cada ser, es para él lo mejor y lo más deleitoso. Y lo mejor y más deleitoso para el hombre es, por tanto, la vida según la inteligencia, porque esto es principalmente el hombre. Y esta vida será de consiguiente la vida más feliz”¹⁴. De tal modo que la infidelidad a la perfección es aspirar a ser otro. Es la raíz del dualismo en el hombre.

La contemplación es la perfección natural del hombre, por eso ahí está la felicidad. Aristóteles insiste en que esa perfección consiste en un cierto asemejarse a lo divino. Es por ello que “el acto de Dios, acto de incomparable bienaventuranza, no puede ser sino un acto contemplativo. Y de los actos humanos el más dichoso será el que más cerca pueda estar de aquel acto divino”¹⁵.

Llegamos así a que la perfección del hombre, que es la actualización de su esencia, consiste en la *contemplación*, que a su vez es el acto propio de Dios, por lo que el hombre al practicarlo se diviniza en cierto sentido. Además la sabiduría que implica la contemplación es portadora de autosuficiencia o independencia, cualidades propias de los dioses. Esta búsqueda y esta vida humana así consagrada, es la vida del filósofo, del que busca la sabiduría. Pero es más perfecto llegar a ella que simplemente buscarla, porque es el logro del objetivo propuesto, el objetivo de la indagación. De ahí también que sea mayor el deleite que hay en la consideración

⁹ ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, Libro IX, 8.

¹⁰ Idem, Libro X, 7.

¹¹ Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, I, 1

¹² ARISTÓTELES, *Ét. Nic. X*, 7

¹³ Cfr. Idem.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Ibidem, X,8

de la verdad conocida que el que existe en buscarla¹⁶. Esto que parece obvio es lo que hoy día se deja de lado en actitudes que centran y terminan su cometido en un tentador aprender a aprender, búsqueda sin término, tan inconcebibles dentro de un sano realismo.

El fin del hombre entonces es de contemplación y gozo y consiste, como habíamos anunciado en la introducción, en el acto de la potencia más perfecta, la inteligencia (arrastrando todas las demás potencias unificadamente); con el hábito más perfecto, la sabiduría (y el amor consiguiente); del objeto más perfecto, Dios.

A su vez, este hombre que desenvuelve así su vida, en la búsqueda de la sabiduría y de lo divino, ha de ser sin dudas, “el más amado de los dioses”¹⁷ ya que éstos reciben más contento de lo que es en el hombre lo mejor y lo más próximo a ellos (la inteligencia) y además los han de recompensar de mejor manera porque estos hombres “cuidan lo que los dioses aman y se conducen con rectitud y nobleza”¹⁸.

Esta participación divina en el mismo ser del hombre es el fundamento de una participación en el operar. Y una vez más este prototipo humano o este ideal de hombre lo cumple el filósofo, el que ama la sabiduría, “también naturalmente el más feliz”¹⁹.

Resumiendo este apartado: el fin del hombre consiste en su perfección, ésta en la contemplación, y en ella se da una participación de la vida divina. Es una vida feliz. Este ideal lo cumple acabadamente el filósofo.

3. El proceso

Para llegar a la asimilación o a la conformidad entre el hombre y Dios se necesita un largo camino, proceso de purificación y catarsis por parte del hombre, ya que se trata de conformarse con un Bien que es Lo puro, Lo Sin Mezcla. Y el hombre no lo es. Ése es el sentido del *tiempo humano*.

Hay una distancia entre la postura inicial del hombre, en la que está entenebrecido él mismo y no puede distinguir lo más evidente, hasta el estado de luz en que puede ver y en que él se ha purificado. Es un proceso temporal y de modificación espiritual clásicamente metafórico por un viaje. Así San Agustín dice: “conciudadanos míos que peregrinan conmigo, unos antes que yo y otros después, pero todos ellos compañeros míos de camino en mi viaje terrenal”²⁰. Es el viaje de Ulises - Eneas, el filósofo de la caverna platónica, de toda la literatura ficcional y no ficcional desde el Dante, el Quijote, San Ignacio y Santa Teresa, hasta Martín Fierro, Bilbo y Frodo de Tolkien, los chicos de Narnia de C.S.- Lewis, entre tantos otros.

Estos viajes explican míticamente el proceso. Muchas veces se utiliza este tipo de narración para exponer de manera concreta, vivaz, *desplegada*, una realidad tan compleja, rica e inefable que es difícil de expresar de otro modo. El mito, como la metáfora, insinúa más bien la comprensión para que cada uno pueda captar lo significado en la medida de sus posibilidades. Este camino o este viaje es una *paideia* y un proceso de conversión. La plena humanidad sólo puede darse allí donde el hombre aspira a asemejarse a lo divino, es decir, a la medida eterna²¹. Es la propuesta que hace Platón al terminar su *República*: “[...] marcharemos siempre por el camino que conduce a lo alto, practicando en toda forma la justicia con ayuda de la inteligencia, para ser amados por nosotros mismos y por los dioses, no sólo mientras permanezcamos en la tierra, sino cuando hayamos recibido los premios que merece la justicia, a semejanza de los vencedores en los juegos, que son llevados en triunfo por sus amigos, y seremos dichosos aquí y

¹⁶ In *Ethicorum*, lib. X, lect 10, n 2092

¹⁷ ARISTÓTELES, Ét. Nic., Libro X,8.

¹⁸ ver

¹⁹ Idem.

²⁰ SAN AGUSTÍN, Confesiones, libro X, cap. IV, pág. 399.

²¹ JAEGER, Paideia, pág. 688

en ese viaje de mil años cuya historia acabamos de relatar”²².

En todos los casos hay un momento inicial de conocimiento amoroso o por lo menos, capaz de mover, que progresa en el alma ya que ésta es en cierto sentido afín al objeto último, Dios. El alma tiene un plexo de disposiciones, fruto del hábito y el ejercicio, que le posibilitan la presentación de la idea del bien como una meta natural de todas sus aspiraciones, capaz de moverla y de provocar su esfuerzo. Platón presenta al hombre ignorante como aquél que vive sin un objetivo determinado, sin un sentido claro al que puedan dirigirse todos sus actos²³. Esos hombres no pueden tender al Bien. La idea clara de perfección es la que mueve al hombre a trabajar sobre sí en la adquisición de hábitos que perfeccionan sus potencias naturales. En la cima de estos hábitos se encuentra la sabiduría, que en realidad es quien torna divina al alma porque conoce lo divino en su forma pura. Es donde se da esa connaturalidad que requiere el conocimiento y el amor.

Se ha requerido mucha preparación para llegar ahí. Platón habla de la necesidad de las Matemáticas para el inicio. El conocimiento de los números como medio para elevarse por la inteligencia pura a la contemplación de su naturaleza facilita los medios para arribar hasta la verdad y la esencia²⁴. La consideración de los números favorece la conversión al ser pues despierta, purifica y estimula el pensar además de disponer positivamente para el estudio de las otras ciencias²⁵.

Luego, por la refutación dialéctica, se “eleva la parte más noble del alma hasta la contemplación del mejor de todos los seres”²⁶. El dialéctico comprende la esencia de cada cosa y sabe dar cuenta de ella, es capaz de interrogar y responder en la forma más inteligente posible. Llega a un verdadero estado, no a un saber puntual sino habitual; a un estado de perfecta vigilancia al que no llegan todos sino los hombres elegidos por su temple, con “caracteres nobles y fuertes, con aptitudes naturales”²⁷, con “buena memoria, infatigables y amantes de todo trabajo”²⁸, y “con templanza, valor, nobleza de espíritu”²⁹. De esta manera llegarán “al conocimiento del ser en sí”, que es el objetivo de toda la educación. Sólo quien se halla en este estado puede también discernir acerca de lo bueno y lo malo, lo justo e injusto.

San Agustín expresa la diferencia existente entre los hombres para emprender este camino diciendo que “las cosas les hablan lo mismo a todos los hombres; pero sólo las entienden los que comparan el anuncio venido de afuera con la luz interior de la verdad”³⁰.

4. El proceso es paidéico, de “a dos”

¿Puede la persona llegar sola a su fin? Este camino y purificación nunca es un camino en soledad sino que implica otro, que puede ser Dios mismo hablando en el fondo del alma, como el Maestro Interior de San Agustín: “nada de bueno le digo a los hombres que no me hayas dicho antes”³¹. El que es indigente y falible necesita un auxilio. Por otra parte, el que consigue traspasar el camino y lograr la meta de la sabiduría tiene la necesidad de comunicar a otros lo que son realmente las cosas, como el filósofo de la caverna. Siempre se da un impulso de procreación y perpetuación de sí mismo en sus iguales; “la naturaleza mortal busca en lo posible

²² PLATÓN, República, 621 c - d

²³ Ibidem 519 c

²⁴ Cfr. Ibidem 525 c

²⁵ Cfr. Ibidem 527 c

²⁶ Ibidem 532 c

²⁷ Ibidem 535, a-b

²⁸ Ibidem 535 c

²⁹ Ibidem 536 a

³⁰ Confesiones, X, VI, pág. 405.

³¹ Idem., X, II, pág. 394.

existir siempre y ser inmortal”³². Ésta es la función que ha asumido vivamente el político griego que, junto al poeta, es el maestro por antonomasia. Es quien ha engendrado el marco disposicional para que germine la virtud y la ulterior chispa divina en sus conciudadanos.

La educación es ese camino que se hace de a dos, uno auxiliando al otro para el logro de una plenitud de aptitudes por la cual el hombre puede llegar a autoconducirse de manera libre y recta hacia fines individuales - su propia perfección -y comunes- el bien común familiar, el bien común político y el bien común total, trascendente, que es Dios - que perfeccionan su naturaleza³³.

Se torna necesario el camino educativo por el estado inicial del hombre en el que se da una dualidad originaria. Es necesario todo un curriculum de “ciencia y conversión”. Se presentan interrogantes importantes: “¿Solo, se puede lograr? Pero, ¿puede un hombre educar a otro hombre? ¿Influir en él, en su libertad? ¿Hasta dónde es educación y hasta dónde puede ser manipulación y dominio ilegítimo? Éste es en última instancia todo el problema de la comunicación entre los “centros ópticos”, tema que excede este lugar.

Se ve aquí la figura del maestro como tipo acabado de hombre. Este tipo es en última instancia, el *filósofo*, es decir, el hombre que llegó a ver la Verdad, que llegó a tener con ella cierta connaturalidad. Precisamente Santo Tomás define al Maestro como aquél que transmite la verdad que ha contemplado. Aquí la palabra filósofo no se refiere a quien estudia o enseña filosofía sino que está tomado como prototipo humano, como fiel buscador de la verdad. Por eso el maestro puede ser aquí sinónimo de filósofo. Y se da la paradoja de que se comienza en una dualidad personal, en contacto con otra persona y se termina en el logro de una fuerte unidad personal y en una auténtica unidad amical con el maestro.

Este camino se puede ejemplificar con el camino que describe San Agustín en sus Confesiones, en el que se puede distinguir:

a) el estado inicial:

“... mi alma, enferma y ulcerosa, se proyectaba miserablemente hacia fuera, ávida del halago de las cosas sensibles” (Libro III, cap. 1). “Me convertí en un oscuro enigma para mí mismo. Le preguntaba a mi alma ‘¿por qué estás triste y así me conturbas?’ (ps.41) pero ella nada tenía para responderme...” (Libro IV, cap. IV). “soy para mí mismo una carga pesada” (Libro X, cap. XXVIII). “algo hay siempre en el hombre que ni su propio espíritu conoce” (Libro X, cap. V).

b) el conflicto:

“Conturbado en el rostro y en el ánimo por aquella bravísima pelea interior que en ese recinto tuyo que es mi corazón libraba yo con mi propia alma, (exclamé): ¿por qué tenemos que aguantar todo esto?” (Libro VIII, cap. VIII). “ Me ponías frente a mí mismo para que viera mi fealdad [...] Me horrorizaba el verme así, pero no tenía manera de huir de mí mismo” (Libro VIII, cap. VII). “[...] y yo me quedé frente a mí mismo [...]. Y mi espíritu se estremecía con turbulenta indignación porque no iba yo al compás de tu voluntad cuando todos mis huesos clamaban por Ti con un clamor de alabanza, que se levantaba hasta el cielo” (Libro VIII, cap. VIII). “[...] me volví a mí mismo y me pregunté: y tú quién eres? Y contesté: soy un hombre, y tengo un cuerpo que mira al exterior y un alma que está en mi interior” (Libro X, cap. V)

c) necesidad de la ayuda:

“nadie podía intervenir en la dura lucha en que andaba conmigo mismo, hasta que se produjera un desenlace que Tú conocías, pero yo no”(Libro VIII, cap. VIII). “Tú estabas delante de mí; pero yo me había retirado de mí mismo y no me podía encontrar. Cuánto menos a Ti!” (Libro V, capítulo III). “En dónde, Verdad Suma, no has estado conmigo

³² PLATÓN: El Banquete, 207, d

³³ RUIZ SÁNCHEZ: ob. Cit.

enseñándome de qué me debo precaver y qué es lo que debo apetecer, cuando te manifestaba yo mis pensamientos más interiores y pedía tu consejo?” (Libro X, cap. XL). “Y te escuchaba en tus enseñanzas y en tus mandamientos ...” (Libro X, cap. XL). “Pero, ¿qué soy, Dios mío, y cuál es mi esencia?” (Libro X, cap. XVII). “Y lo mandado lo hago yo con palabras y acciones bajo la sombra de tus alas; pero el peligro sería grande si mi alma no estuviera bajo tus alas y sujeta a ti que tan bien conoces mi flaqueza” (Libro X, cap. IV).

d) la búsqueda o el camino:

“... acongojado y febril en mi indigencia de verdad, yo te buscaba; pero no con mi inteligencia racional que nos hace superiores a las bestias, sino según los sentimientos de la carne [...]. Tal hembra me pudo seducir porque me encontró fuera de mí mismo, habitando en el ámbito de mis ojos carnales.” (Libro III, cap. VII). “Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva! Tarde te amé. Tú estabas dentro de mí, pero yo andaba fuera de mí mismo, y allá afuera te andaba buscando. Me lanzaba todo deforme entre las hermosuras que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo [...]. Gusté tu sabor y por eso ahora tengo más hambre y más sed de ese gusto. Me tocaste, y con tu tacto me encendiste en tu paz” (Libro X, cap. XXVII). “Pasé luego a la sede del espíritu, que puede recordarse a sí mismo y tiene, en consecuencia, asiento en la memoria; pero allí tampoco estabas” (X, cap. XXV). “¿No es verdad que lo que todos desean y buscan es la vida feliz y que no existe hombre alguno que no la desee? Pero, ¿en dónde la conocieron para desearla así? ¿En dónde la vieron y se encendieron de amor por ella? Porque nadie desea lo que no conoce. Pero, ¿cómo supieron de ella? [...] el deseo mismo sería imposible si de ningún modo tuvieran la noción de la beatitud” (Libro X, cap. XX). “Mira cómo subiendo por mi alma hacia ti, [...] con el anhelo de alcanzarte por donde te podemos alcanzar.” (Libro X, cap. XVII). “Es por mi alma por donde podré subir hacia Él [...] el caballo y el mulo no lo pueden encontrar pues carecen de entendimiento” (Libro X, cap. VII).

e) El encuentro y estado de plenitud

(provisorio) “Algunas veces, allá muy adentro de mí, me haces entrar en un afecto de dulzura inusitada tal que si llega a a su plenitud no entiendo cómo podría llamarse vida lo que no es esa vida” (Libro X, cap. XL). “Lo cierto es que habitas en mí, y que te recuerdo siempre, desde que te conocí; y en la memoria te hallo cuando me acuerdo de ti”. (Libro X, cap. XXV). “Me gozo lleno de temor en los dones que me has dado y harto me duelo de no estar aún consumado en la virtud; pero me anima la esperanza de que tu misericordia me lleva hasta la paz plenaria que en ti van a tener mi hombre interior y mi hombre exterior cuando *la muerte sea absorbida en la victoria*” (Libro X, cap. XXX). “Encontré a mi Dios donde encontré la verdad, pues mi Dios es la verdad; y una vez conocida no puedo olvidarla” (Libro X, cap. XXIV). “Lo que sé, lo sé porque tú me lo iluminas; y lo que de mí ignoro seguiré sin saberlo hasta que mis tinieblas se vuelvan como el mediodía en tu presencia”. (Libro X, cap. VI).

5. La cumbre y plenitud: contemplación y autoconciencia

Lo que el hombre necesita para poder autoconducirse es que se haya formado en él como una segunda naturaleza, hábitos que le permitan operar fácilmente y con economía de esfuerzos hacia el bien y la verdad. Estos hábitos constituyen el camino y término. Son necesarios para constreñir las posibilidades infinitas de error y ayudar al hombre a actuar eficazmente en el camino hacia su fin.

En la cumbre de todos los hábitos está la sabiduría, cima de la naturaleza humana. Es meta ardua, por lo que el *filósofo*, como prototipo de hombre, es su amante, el eterno enamorado de algo que sabe no puede encontrar definitivamente, ya que hallándolo, se le vuelve nuevamente inasible. En la medida en que se sabe, se sospecha todo lo que se ignora, por lo que

el verdadero sabio vuelve a admirarse con una admiración distinta de aquélla que lo movió a comenzar las inquisiciones³⁴. Esta lección, por lo menos desde *Sócrates*, se instaló en los tópicos básicos de los verdaderos sabios. Pero ello no es obstáculo para seguir aspirando a ese estado. Y esa sabiduría es la que colma la naturaleza humana.

Todo proceso educativo, la *paideia* misma, surge del *eros*, que es la fuerza propulsora de la educación de sí mismo, que termina convirtiéndose en *areté*. El *eros* es la fuerza educadora porque desvía de las acciones viles y es un brío que sirve al amigo y le ayuda a desarrollar su propio ser. Es un camino de ascenso espiritual, que culmina en la posesión permanente de lo bello, del Bien. El hombre mismo se convierte en bello y bueno, con lo que realiza lo que ya es potencialmente. La educación consiste entonces en el instalarse en lo mejor de la propia personalidad, que es lo que de eterno hay en el hombre, y hacerlo triunfar en él. Éste es el mensaje de *Platón* tanto en la *República* como en el *Banquete*. Es preciso -dice- hacer coincidir las dos normas, la del amor al otro y la del amor a la sabiduría y a toda forma de virtud, la norma del amado y la del amante³⁵. Hacer coincidir el fin del agente y del paciente, nos dirá *Santo Tomás*, para que la verdadera educación se dé.

Los protagonistas son siempre educando y educador, el pedagogo que conduce, el doctor que posee la doctrina y que enseña del *rebalse de su contemplación*, como traduce *Castellani* a *Santo Tomás*; el *magister*, que hace ser más al otro; el padre, que es el prototipo de quien dirige, rige y corrige en un ambiente de amistad y amor: “*Amuchiguar (multiplicar) non se puede el Pueblo en la tierra, solamente por facer fijos, si los que ouiren fecho, no los supieren criar, e guardar que venga a acabamiento de ser omes.. ... e por esto natura da a los padres amar a los fijos más que otra cosa: A esta amistad los aduze a criarlos con gran piedad, .. para que vengan a crianza cumplida, a ser omes acabados ...*”³⁶.

Siempre es necesario ese auxilio cuyo cometido principal es despertar en el discípulo los motivos fuertes para emprender el camino; velar para que no erre; quitar y desbrozar como el hortelano la tierra para que la maleza no ahogue los buenos propósitos; ser una especie de apoyo o sostén; darle fuerzas cuando decae; acompañarlo e interceder por él, como la *Atenea* con *Ulises*.

Santo Tomás resume toda la acción del maestro en el tratar de que el discípulo haga el mismo camino que hizo el propio maestro o que haría quien logra por primera vez ciencia, arte o virtud. En definitiva ese camino es un convertirse, mirar hacia dentro de sí mismo, para ver, escuchar a la Verdad, al Bien, a la Belleza, que es Cristo en cada uno de nosotros, el Maestro Interior. La contemplación así se convierte en *estado*, en su sentido etimológico como *cum templum*, en cuanto es “detenerse ante el ser como sagrado”, “acción cultural”³⁷, no ya ante el ser creado que transparenta al Creador, sino ante Él mismo. Contemplación que ha de ser verdadera actividad, autosuficiente, que se la busca por sí misma, que es la propia de Dios mismo, y que no acabará jamás³⁸.

6. Conclusión

La educación puede ser vista, entonces, como un proceso que se inscribe en el desenvolvimiento cualitativo de la vida humana. Se inicia por una necesidad que experimenta el hombre al conocer tan opacamente lo que lo rodea y a sí mismo. El estado originario se caracteriza por la indigencia y falibilidad para conocer lo que las cosas son, para tener un conocimiento acabado de sí mismo y para ser realmente libre. Esto crea incomodidad, angustia

³⁴ ARISTÓTELES: *Metaf.* I,2

³⁵ PLATÓN: *Banquete*, 184 d

³⁶ ALFONSO X, *Ley 3*, título 20

³⁷ BENDA, A.: *Hacia una pedagogía de la contemplación*, pág. 525.

³⁸ ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*, Libro X, cap. 8.

y ansiedad por alcanzar lo que se sospecha que va a significar la felicidad. Algunos despiertan en sí el deseo de vencer esas tinieblas, de ver más nítidamente. El tiempo y todas las mutaciones se le presentan también como algo a obstáculos, ya que quien ansía la felicidad, anhela que no se acabe, anhela la eternidad, la superación del tiempo.

El hombre en este camino, a medida que va clarificando su vista y ganando en precisión, se percata de que las cosas no son sino imágenes que funcionan como mojones y guías en el camino para llegar a **Lo** espejado. Esto motiva un conflicto que obliga a no cejar en la búsqueda, a caminar, y así, buscando y contemplando en imágenes la gloria del Señor de todo se va el hombre transformando, no sin luchas. Va pareciéndose más a Aquél que busca, va ganando en estabilidad y permanencia. Termina así siendo “más persona”, de naturaleza más divina, “partícipe de la naturaleza divina”³⁹. En una palabra, encuentra la felicidad buscada y Al que la produce.

Sin dudas, ese mismo Ser es el que dispensará gratuitamente alimentos que fortifiquen y garanticen el eficaz arribo a puerto. Sin la Gracia ese camino no será transitado. El maestro preparará para que el discípulo no la deje pasar en vano.

³⁹ San PEDRO, II carta, cap. I, vers. 4.

CAPÍTULO I	¡Error! Marcador no definido.
LA CIENCIA DE LA EDUCACIÓN. Su estatuto epistemológico	¡Error! Marcador no definido.
1. Conceptos previos	¡Error! Marcador no definido.
1.1. Modos de conocer y saber: experiencia, opinión y fe, prudencia y arte, ciencia, nous y sindéresis, sabiduría.	¡Error! Marcador no definido.
1.2. Saber teórico y práctico	¡Error! Marcador no definido.
1.3. La ciencia. El método. Clasificación y división de la ciencia. La ciencia de la educación.	¡Error! Marcador no definido.
1.3.1. Clasificación y división de la ciencia (Primera aproximación).	¡Error! Marcador no definido.
Marcador no definido.	
1.4. La filosofía. Notas. Relación entre ocio, admiración, filosofía y mito.	¡Error! Marcador no definido.
2. Estatuto epistemológico de la Ciencia de la Educación	¡Error! Marcador no definido.
2.1. Objeto material y formal.....	¡Error! Marcador no definido.
2.2. Método	¡Error! Marcador no definido.
2.3. Contenido de la Ciencia de la Educación	¡Error! Marcador no definido.
2.4. Ubicación en el cuadro de las ciencias. Posturas, opiniones, tradiciones	¡Error! Marcador no definido.
<i>La filosofía de la educación como Metafísica de la Educación</i>	¡Error! Marcador no definido.
Marcador no definido.	
<i>La Ciencia de la educación como Pedagogía</i>	¡Error! Marcador no definido.
<i>La Ciencia de la educación como Sociología y como ciencias de la educación</i>	¡Error! Marcador no definido.
<i>La ciencia de la educación como filosofía de la educación;</i>	¡Error! Marcador no definido.
Marcador no definido.	
<i>La ciencia de la educación como teoría</i>	¡Error! Marcador no definido.
2.5. Conclusiones	¡Error! Marcador no definido.
<i>Distinción disciplinar</i>	¡Error! Marcador no definido.
<i>Finalidad de la disciplina</i>	¡Error! Marcador no definido.
CAPÍTULO II	¡Error! Marcador no definido.
CONCEPTO DE EDUCACIÓN	¡Error! Marcador no definido.
1. Inducción dialéctica del concepto.....	¡Error! Marcador no definido.
1.1. El nombre, la palabra	¡Error! Marcador no definido.
En la lengua castellana.....	¡Error! Marcador no definido.
Uso corriente.....	¡Error! Marcador no definido.
Uso culto o definiciones corrientes.....	¡Error! Marcador no definido.
Uso propio: educir	¡Error! Marcador no definido.
Etimología. Razón de imposición del nombre....	¡Error! Marcador no definido.
Registro histórico	¡Error! Marcador no definido.
Griego: areté, paideia, techne.	¡Error! Marcador no definido.
En Santo Tomás: nutrición, disciplina, discípulo, invención	¡Error! Marcador no definido.
Marcador no definido.	
1.2. La “cosa” o realidad educativa, o el hecho educativo	¡Error! Marcador no definido.

Análisis fenomenológico	¡Error! Marcador no definido.
El hombre educado	¡Error! Marcador no definido.
2. El concepto. La definición	¡Error! Marcador no definido.
2.1. Determinación categorial	¡Error! Marcador no definido.
Esencia y existencia de la educación	¡Error! Marcador no definido.
2.2. Educación como potencia (educabilidad), como acción y proceso (in fieri) y resultado (in acto)	¡Error! Marcador no definido.
2.3. Análisis causal	¡Error! Marcador no definido.
2.4. Intento de definición	¡Error! Marcador no definido.
Definición etimológica	¡Error! Marcador no definido.
Definición por las notas o descriptiva.....	¡Error! Marcador no definido.
Definición real	¡Error! Marcador no definido.
2.5. Partes de la educación: según facultades, etapas, modalidades, sistema.	
Clasificación y división	¡Error! Marcador no definido.
2.6. Necesidad y posibilidad de la educación	¡Error! Marcador no definido.
CAPÍTULO III.....	¡Error! Marcador no definido.
EL PROBLEMA ANTROPOLÓGICO	¡Error! Marcador no definido.
1. Introducción	¡Error! Marcador no definido.
2. Fundamento ontológico del hombre	¡Error! Marcador no definido.
2.1. Su realidad moral y social.....	¡Error! Marcador no definido.
2.2. La Creatureidad.....	¡Error! Marcador no definido.
2.3. El hombre es substancia.....	¡Error! Marcador no definido.
2.3.1. Posturas que niegan la substantividad (y/o la individualidad).....	¡Error! Marcador no definido.
Marcador no definido.	
2.4. El hombre es individual	¡Error! Marcador no definido.
2.5. El hombre es animal	¡Error! Marcador no definido.
2.6. Es de naturaleza racional	¡Error! Marcador no definido.
2.6.1. Conocimiento abstractivo	¡Error! Marcador no definido.
2.6.2. La conciencia	¡Error! Marcador no definido.
2.6.3. La libertad	¡Error! Marcador no definido.
2.7. El hombre es persona.....	¡Error! Marcador no definido.
2.7.1. La persona es compuesta y limitada	¡Error! Marcador no definido.
3. Accidentes de la persona humana	¡Error! Marcador no definido.
3.1. Propiedades del hombre	¡Error! Marcador no definido.
3.1.1. Las Facultades.....	¡Error! Marcador no definido.
3.1.1.1. Facultades cognoscitivas. Su funcionamiento ...	¡Error! Marcador no definido.
definido.	
3.1.1.2. Las facultades apetitivas	¡Error! Marcador no definido.
3.2. Actos humanos. El recto imperio.....	¡Error! Marcador no definido.
3.3. El hombre es un ser histórico y tradicional.....	¡Error! Marcador no definido.
definido.	
3.4. El hombre es un ser religado.....	¡Error! Marcador no definido.
3.5. El hombre es un ser capaz de lenguaje	¡Error! Marcador no definido.
3.6. El hombre y sus pasiones.....	¡Error! Marcador no definido.
3.7. El hombre es educable	¡Error! Marcador no definido.
3.7.1. Posibilidad intrínseca: la educabilidad	¡Error! Marcador no definido.
4. Necesidad de la educación	¡Error! Marcador no definido.

CAPÍTULO IV.	;	Error! Marcador no definido.
LOS HÁBITOS OPERATIVOS PERFECTIVOS	;	Error! Marcador no definido.
1. Introducción. Planteo del problema	;	Error! Marcador no definido.
2. Los hábitos	;	Error! Marcador no definido.
2.1. La palabra	;	Error! Marcador no definido.
2.2. Aristóteles y Santo Tomás.	;	Error! Marcador no definido.
2.3. En la pedagogía o uso pedagógico.....	;	Error! Marcador no definido.
2.4. Análisis metafísico.....	;	Error! Marcador no definido.
3. Definiciones de hábito	;	Error! Marcador no definido.
4. Notas o propiedades de los hábitos:.....	;	Error! Marcador no definido.
5. División.....	;	Error! Marcador no definido.
6. Distinción de los hábitos de otros procesos educativos.....	;	Error! Marcador no definido.
7. El proceso de habituación (y desarrollo de potencias, formación de habilidades y actitudes, etc.)	;	Error! Marcador no definido.
7.1. Inicio	;	Error! Marcador no definido.
7.2. Progreso de los hábitos y/o de la educación	;	Error! Marcador no definido.
7.3. Consumación de la educación.....	;	Error! Marcador no definido.
8. La educación.....	;	Error! Marcador no definido.
9. Algunos hábitos y los procesos de formación	;	Error! Marcador no definido.
El hábito de la ciencia	;	Error! Marcador no definido.
El hábito de la prudencia	;	Error! Marcador no definido.
El hábito de la justicia.....	;	Error! Marcador no definido.
El hábito de la fortaleza	;	Error! Marcador no definido.
El hábito de la templanza.....	;	Error! Marcador no definido.
Los hábitos según Quiles	;	Error! Marcador no definido.
10. Conclusiones	;	Error! Marcador no definido.
CAPITULO V	;	Error! Marcador no definido.
LOS AGENTES EDUCATIVOS	;	Error! Marcador no definido.
1. La causalidad eficiente. Concepto. Modo de causar. Posibles divisiones de la causa eficiente.....	;	Error! Marcador no definido.
2. Causa eficiente intrínseca de la educación: el ejercicio de las facultades educables	;	Error! Marcador no definido.
3. Causa eficiente extrínseca: agentes educativos. Naturaleza de cada uno. Competencias. Contenidos. Medios. Hábitos específicos	;	Error! Marcador no definido.
3.1. Naturaleza.	;	Error! Marcador no definido.
3.2. Cultura	;	Error! Marcador no definido.
3.3. Sociedad.....	;	Error! Marcador no definido.
3.3.1. Familia	;	Error! Marcador no definido.
3.3.2. Sociedades intermedias.....	;	Error! Marcador no definido.
3.3.3. Iglesia.....	;	Error! Marcador no definido.
3.3.4. Estado.....	;	Error! Marcador no definido.
4. Modos de adquisición de la ciencia y la virtud y modos de preexistencia de las formas en la materia (naturaleza y arte). La educación	;	Error! Marcador no definido.
5. El maestro. Tipo de causalidad que ejerce. Metáforas de su labor.....	;	Error! Marcador no definido.

Vida activa y vida contemplativa.....	¡Error! Marcador no definido.
CAPÍTULO VI	¡Error! Marcador no definido.
EL FIN DE LA EDUCACIÓN	¡Error! Marcador no definido.
1. Planteo del problema	¡Error! Marcador no definido.
2. Sentidos de la palabra fin.....	¡Error! Marcador no definido.
3. La causalidad final	¡Error! Marcador no definido.
4. El fin del hombre.	¡Error! Marcador no definido.
4.1. Fin natural, sobrenatural, objetiva y subjetivamente considerados	¡Error! Marcador no definido.
5. El fin de la educación.....	¡Error! Marcador no definido.
5.1. Perfección primera y perfección segunda.....	¡Error! Marcador no definido.
5.2. Plenitud dinámica, estado de virtud, personalización.....	¡Error! Marcador no definido.
5.3. El orden estable: fin total, subordinado, mediato de la educación	¡Error! Marcador no definido.
5.4. Fines parciales mediatos: hábitos operativos perfectivos y desarrollo o actualización de potencias	¡Error! Marcador no definido.
5.5. Los actos correctos.....	¡Error! Marcador no definido.
6. El fin de la actividad educativa.....	¡Error! Marcador no definido.
APÉNDICE.....	¡Error! Marcador no definido.
FIN DEL EDUCAR: ¿PERSONALIZAR O DIVINIZAR?.....	1
1. Fin de la educación	2
2. La naturaleza humana y su perfección.....	2
3. El proceso	4
4. El proceso es paidéico, de “a dos”	5
5. La cumbre y plenitud: contemplación y autoconciencia	7
6. Conclusión	8
FIN DEL EDUCAR: ¿PERSONALIZAR O DIVINIZAR?	

*Nadie puede entrar en el cielo si antes
no ha entrado en el castillo de su alma.
Sta. Teresa de Jesús⁴⁰*

Nos hemos ocupado de buscar respuestas desde nuestra ciencia a algunos interrogantes básicos del hombre. Y esta búsqueda ha sido una constante, con hitos y situaciones similares, desde la filosofía y la metafísica, la poesía y el mito, la religión y la pedagogía. Son lugares comunes que parten siempre de un hombre que se presenta indigente, carenciado, casi desdoblado. En realidad no sabe bien ni siquiera quién es, hace el mal que no quiere y no puede hacer el bien que quiere⁴¹. Pero tiene una aspiración: un *eros*, dirá Platón⁴², un *impulso óptico*, Quiles⁴³; *eros*, que lo lleva a emprender un camino que se presenta como arduo. Este impulso es renovado y potenciado por la esperanza de *ver* (*opáω*) algo que no se ha visto pero de lo que se tiene algo así como una sospecha, por algún *vestigio* o pista. Y en ese camino se necesita de un

⁴⁰ Dice literalmente: “Pues pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros conociéndonos y considerando.... es desatino”. *Teresa de Jesús*, *Moradas del Castillo interior*, pág. 375.

⁴¹ SAN PABLO, Ep. Romanos, cap. 7, vers. 15 – 16.

⁴² PLATÓN: Fedón.

⁴³ QUILES, I.: *Filosofía de la Educación personalista*, Capítulo II, pág. 36.

auxilio, de alguien que guía para llegar a esa meta o cima tan ansiada. Ese alguien es un maestro, un ángel, Atenea, la Beatriz del Dante, Dios mismo como principio exterior o interior.

Este proceso es el de la educación, visualizado como un camino que está incoado desde el principio, pero que se va descubriendo y que lleva al peregrino a encontrarse con él mismo, a conocerse, a percatarse de sus limitaciones, miserias y *grandezas* insospechadas. Lo lleva a ser más y mejor lo que ya era. Éste es un camino de conocimiento y amor, de sabiduría y salvación, de *personalización y divinización*. En definitiva, de ser mejor en lo más específico. Lleva al hombre a ser *más persona, casi divina* y al mismo tiempo, al encuentro con Dios.

Trataré de desplegar a grandes rasgos todo este proceso a partir de los griegos, que siempre son la matriz originaria. Ejemplificaré con el camino que describe pormenorizadamente San Agustín, ya que es paradigmático.

En los griegos está también la semilla del proceso de *autoconciencia* o mejor, *conciencia* a secas, en la medida en que Sócrates reivindica como momento especial de su filosofía el *conócete a ti mismo*. A poco de meditar en este mandato nos persuadimos de que es un componente del fin de la educación. Este conocerse no es ni originario ni fácil, dadas la opacidad del hombre para sí y el hecho de que la primera intencionalidad del espíritu sea hacia la realidad exterior. Necesita de todo un camino catártico y de purificación que coincide con el camino de la sabiduría. Culmina en la contemplación de lo más perfecto, Dios; con la potencia más perfecta, el intelecto; mediante el hábito más perfecto, la Sabiduría⁴⁴. Esta cúspide exige el dominio y cierta transparencia de sí.

En la búsqueda consideraré:

1. *El fin de la educación*, que me llevará a considerar en vías de fundamentación a 2. *La naturaleza humana y su perfección*; 3. *El proceso* en el que consiste la búsqueda de tal perfección; 4. *Lo educativo* de este proceso ya que el hombre originariamente es incapaz de iniciar el camino que ansía y necesita de un guía o maestro que lo auxilie y acompañe y le ayude a resolver el conflicto y encontrar el verdadero sentido de su propia vida; 5. *La contemplación y gozo* como el fin del proceso. Poco a poco aquel hombre que inicia el camino se ha ido transformando y, en la presencia de la Perfección de lo contemplado se hace transparente para sí, llega a conocer y gozar al Absoluto y también a conocerse plenamente a sí mismo.

1. Fin de la educación

“No hay autor que no se plantee la cuestión del fin de la educación. Es esencial ya que el fin es la razón de toda actividad humana. El ser humano siempre pretende algo cuando realiza una acción y, más todavía, una serie eslabonada de acciones, por un tiempo bastante largo, como es el caso de la educación. Sea cualquiera la filosofía que se profese, es necesario enfrentar con sinceridad cuál es el fin de la acción educativa. La mayoría de los autores concuerdan en reconocer que la educación tiene un fin determinado, el cual debe conducir y orientar el proceso educativo; es una meta, un ideal, al cual hay que acercarse en el mayor grado posible”⁴⁵.

La educación tiene, entonces un fin. Hay que partir de su análisis para considerar el proceso educativo. Y como la educación es un accidente del hombre, es evidente que debe tener relación con el fin del hombre. Para buscarlo hay que considerar que el fin de todo ente es la perfección de su naturaleza. Es lo perfecto, lo *todo hecho*, terminado en sentido perfectivo y no limitativo. Designa lo mismo que el concepto aristotélico de *entelequia* como esencia acabada que se desarrolla “dentro de la línea de su propio ser, al máximo posible y con la mayor perfección posible”⁴⁶.

⁴⁴ ARISTÓTELES: *Ética Nicomaquea*, Libro X, cap. t.

⁴⁵ QUILES, op. cit., pág. 123

⁴⁶ idem, págs. 23 – 24.

El fin del hombre coincide entonces con la perfección de la naturaleza humana, por lo que éste es el fin de la educación. Esta naturaleza es algo así como el *programa* que ha de estudiar y ha de seguir el propio educador.

¿En qué consiste esta naturaleza humana y su fin?

2. La naturaleza humana y su perfección

La naturaleza es aquello con lo que se nace. Y ¿qué es esta naturaleza en el hombre? Lo que la distingue es su particular modo de ser espiritual. El hombre es un espíritu encarnado con una unidad substancial de cuerpo y el alma. Ni el cuerpo ni el espíritu solo constituye al hombre. Lo definitorio de éste es el ser persona con esta naturaleza espiritual que se manifiesta en distintas propiedades reducibles a tres: su capacidad de abstraer, el poder de reflexionar sobre sí y tener conocimiento o conciencia de sí mismo y de sus actos y el poder tender hacia bienes no ligados a sus instintos y tendencias vitales, es decir, el poder ser libre⁴⁷. Estos tres tipos de actos, en que se agrupan los propios del espíritu en el hombre: abstracción, conciencia y libertad son manifestación progresiva de su ser más específico. Se comienza con un conocimiento sensible de lo exterior, la abstracción es fruto de maduración y aprendizaje; el conocimiento de sí, que es posterior al conocimiento de la realidad exterior es muy borroso durante largo tiempo, y es trabajo para toda una vida; y en cuanto a la libertad, como dice Ruiz Sánchez, el hombre no educado es “más liberable que libre”. Éste es precisamente el fundamento de la posibilidad y de la necesidad de la educación

El hecho de que formen una unidad el cuerpo y el alma no significa que tengan igual jerarquía. Aristóteles dice que “el ser de cada hombre consiste en la razón o en ella principalmente”⁴⁸, ya que es la “parte más señorial de sí mismo”, “su principio dominativo”, de tal modo que “la razón es, para cada hombre, su verdadero ser”. Por esto el contenido de la perfección del hombre ha de buscarse en esta parte esencial. Aquí cabe aclarar que para un griego, lo mismo que para un Padre de la Iglesia, el contenido significativo de la palabra *razón* es mucho más rico que la palabra y el concepto que, vaciados por los racionalismos, hemos heredado. Hoy el concepto de razón es algo aislable que parece contraponerse a la *fruitio*. Y no es así. Como veremos su actividad refleja al hombre en su integridad e implica el gozo y la *fiesta*.

La actividad propia de la inteligencia es la contemplación, que no tiene otro fin fuera de sí “y contiene además como propio un placer que aumenta la actividad”⁴⁹. En esta actividad, que debe involucrar toda la vida del hombre, parece consistir la felicidad perfecta del hombre.

Sólo se puede dar esta actividad en el hombre en la medida de lo divino que hay en él: “en cuanto que hay en él algo divino”. Si la inteligencia es algo divino con relación al hombre, la vida según la inteligencia será también vida divina con relación a la vida humana, según repite Aristóteles. Esta vida divina se presenta en cierto modo como connatural al hombre, pero requiere un esfuerzo grande. Ya que es posible sería indigno de un hombre libre no aspirar a ello⁵⁰. Por esto, “en cuanto nos sea posible *hemos de inmortalizarnos* y hacer todo lo que en nosotros esté para vivir según lo mejor que hay en nosotros, y que por pequeño que sea el espacio que ocupe, sobrepasa con mucho a todo el resto en poder y dignidad”⁵¹.

Incluso podría sostenerse que este principio o elemento es el verdadero ser de cada uno de nosotros puesto que es la parte dominante y superior. Entonces sería absurdo que el hombre

⁴⁷ LAMAS, F. A.: El hombre fundamento de la vida social, en Moenia XX, Buenos Aires, Instituto de Estudios Tomistas, 1985.

⁴⁸ ARISTÓTELES, Ética Nicomaquea, Libro IX, 8.

⁴⁹ Idem, Libro X, 7.

⁵⁰ Cfr. ARISTÓTELES, Metafísica, I, 1

⁵¹ ARISTÓTELES, Ét. Nic. X, 7

no escogiese la vida de sí mismo sino la de otro ser⁵². Vemos que para Aristóteles el escoger esa opción por la divinización, por aspirar a lo mejor de sí, es aspirar a ser uno mismo, fiel a la verdadera esencia. Y es en esa fidelidad donde se encuentra la felicidad, ya que “lo que es naturalmente lo propio de cada ser, es para él lo mejor y lo más deleitoso. Y lo mejor y más deleitoso para el hombre es, por tanto, la vida según la inteligencia, porque esto es principalmente el hombre. Y esta vida será de consiguiente la vida más feliz”⁵³. De tal modo que la infidelidad a la perfección es aspirar a ser otro. Es la raíz del dualismo en el hombre.

La contemplación es la perfección natural del hombre, por eso ahí está la felicidad. Aristóteles insiste en que esa perfección consiste en un cierto asemejarse a lo divino. Es por ello que “el acto de Dios, acto de incomparable bienaventuranza, no puede ser sino un acto contemplativo. Y de los actos humanos el más dichoso será el que más cerca pueda estar de aquel acto divino”⁵⁴.

Llegamos así a que la perfección del hombre, que es la actualización de su esencia, consiste en la *contemplación*, que a su vez es el acto propio de Dios, por lo que el hombre al practicarlo se diviniza en cierto sentido. Además la sabiduría que implica la contemplación es portadora de autosuficiencia o independencia, cualidades propias de los dioses. Esta búsqueda y esta vida humana así consagrada, es la vida del filósofo, del que busca la sabiduría. Pero es más perfecto llegar a ella que simplemente buscarla, porque es el logro del objetivo propuesto, el objetivo de la indagación. De ahí también que sea mayor el deleite que hay en la consideración de la verdad conocida que el que existe en buscarla⁵⁵. Esto que parece obvio es lo que hoy día se deja de lado en actitudes que centran y terminan su cometido en un tentador aprender a aprender, búsqueda sin término, tan inconcebibles dentro de un sano realismo.

El fin del hombre entonces es de contemplación y gozo y consiste, como habíamos anunciado en la introducción, en el acto de la potencia más perfecta, la inteligencia (arrastrando todas las demás potencias unificadamente); con el hábito más perfecto, la sabiduría (y el amor consiguiente); del objeto más perfecto, Dios.

A su vez, este hombre que desenvuelve así su vida, en la búsqueda de la sabiduría y de lo divino, ha de ser sin dudas, “el más amado de los dioses”⁵⁶ ya que éstos reciben más contento de lo que es en el hombre lo mejor y lo más próximo a ellos (la inteligencia) y además los han de recompensar de mejor manera porque estos hombres “cuidan lo que los dioses aman y se conducen con rectitud y nobleza”⁵⁷.

Esta participación divina en el mismo ser del hombre es el fundamento de una participación en el operar. Y una vez más este prototipo humano o este ideal de hombre lo cumple el filósofo, el que ama la sabiduría, “también naturalmente el más feliz”⁵⁸.

Resumiendo este apartado: el fin del hombre consiste en su perfección, ésta en la contemplación, y en ella se da una participación de la vida divina. Es una vida feliz. Este ideal lo cumple acabadamente el filósofo.

3. El proceso

Para llegar a la asimilación o a la conformidad entre el hombre y Dios se necesita un largo camino, proceso de purificación y catarsis por parte del hombre, ya que se trata de conformarse con un Bien que es Lo puro, Lo Sin Mezcla. Y el hombre no lo es. Ése es el sentido del *tiempo humano*.

⁵² Cfr. Idem.

⁵³ Ibidem.

⁵⁴ Ibidem, X,8

⁵⁵ In *Ethicorum*, lib. X, lect 10, n 2092

⁵⁶ ARISTÓTELES, Ét. Nic., Libro X,8.

⁵⁷ ver

⁵⁸ Idem.

Hay una distancia entre la postura inicial del hombre, en la que está entenebrecido él mismo y no puede distinguir lo más evidente, hasta el estado de luz en que puede ver y en que él se ha purificado. Es un proceso temporal y de modificación espiritual clásicamente metaforizado por un viaje. Así San Agustín dice: “conciudadanos míos que peregrinan conmigo, unos antes que yo y otros después, pero todos ellos compañeros míos de camino en mi viaje terrenal”⁵⁹. Es el viaje de Ulises - Eneas, el filósofo de la caverna platónica, de toda la literatura ficcional y no ficcional desde el Dante, el Quijote, San Ignacio y Santa Teresa, hasta Martín Fierro, Bilbo y Frodo de Tolkien, los chicos de Narnia de C.S.- Lewis, entre tantos otros.

Estos viajes explican míticamente el proceso. Muchas veces se utiliza este tipo de narración para exponer de manera concreta, vivaz, *desplegada*, una realidad tan compleja, rica e inefable que es difícil de expresar de otro modo. El mito, como la metáfora, insinúa más bien la comprensión para que cada uno pueda captar lo significado en la medida de sus posibilidades. Este camino o este viaje es una *paideia* y un proceso de conversión. La plena humanidad sólo puede darse allí donde el hombre aspira a asemejarse a lo divino, es decir, a la medida eterna⁶⁰. Es la propuesta que hace Platón al terminar su *República*: “[...] marcharemos siempre por el camino que conduce a lo alto, practicando en toda forma la justicia con ayuda de la inteligencia, para ser amados por nosotros mismos y por los dioses, no sólo mientras permanezcamos en la tierra, sino cuando hayamos recibido los premios que merece la justicia, a semejanza de los vencedores en los juegos, que son llevados en triunfo por sus amigos, y seremos dichosos aquí y en ese viaje de mil años cuya historia acabamos de relatar”⁶¹.

En todos los casos hay un momento inicial de conocimiento amoroso o por lo menos, capaz de mover, que progresa en el alma ya que ésta es en cierto sentido afín al objeto último, Dios. El alma tiene un plexo de disposiciones, fruto del hábito y el ejercicio, que le posibilitan la presentación de la idea del bien como una meta natural de todas sus aspiraciones, capaz de moverla y de provocar su esfuerzo. Platón presenta al hombre ignorante como aquél que vive sin un objetivo determinado, sin un sentido claro al que puedan dirigirse todos sus actos⁶². Esos hombres no pueden tender al Bien. La idea clara de perfección es la que mueve al hombre a trabajar sobre sí en la adquisición de hábitos que perfeccionan sus potencias naturales. En la cima de estos hábitos se encuentra la sabiduría, que en realidad es quien torna divina al alma porque conoce lo divino en su forma pura. Es donde se da esa connaturalidad que requiere el conocimiento y el amor.

Se ha requerido mucha preparación para llegar ahí. Platón habla de la necesidad de las Matemáticas para el inicio. El conocimiento de los números como medio para elevarse por la inteligencia pura a la contemplación de su naturaleza facilita los medios para arribar hasta la verdad y la esencia⁶³. La consideración de los números favorece la conversión al ser pues despierta, purifica y estimula el pensar además de disponer positivamente para el estudio de las otras ciencias⁶⁴.

Luego, por la refutación dialéctica, se “eleva la parte más noble del alma hasta la contemplación del mejor de todos los seres”⁶⁵. El dialéctico comprende la esencia de cada cosa y sabe dar cuenta de ella, es capaz de interrogar y responder en la forma más inteligente posible. Llega a un verdadero estado, no a un saber puntual sino habitual; a un estado de perfecta vigilancia al que no llegan todos sino los hombres elegidos por su temple, con “caracteres nobles y fuertes, con aptitudes naturales”⁶⁶, con “buena memoria, infatigables y amantes de todo

⁵⁹ SAN AGUSTÍN, Confesiones, libro X, cap. IV, pág. 399.

⁶⁰ JAEGER, *Paideia*, pág. 688

⁶¹ PLATÓN, *República*, 621 c - d

⁶² *Ibidem* 519 c

⁶³ Cfr. *Ibidem* 525 c

⁶⁴ Cfr. *Ibidem* 527 c

⁶⁵ *Ibidem* 532 c

⁶⁶ *Ibidem* 535, a-b

trabajo”⁶⁷, y “con templanza, valor, nobleza de espíritu”⁶⁸. De esta manera llegarán “al conocimiento del ser en sí”, que es el objetivo de toda la educación. Sólo quien se halla en este estado puede también discernir acerca de lo bueno y lo malo, lo justo e injusto.

San Agustín expresa la diferencia existente entre los hombres para emprender este camino diciendo que “las cosas les hablan lo mismo a todos los hombres; pero sólo las entienden los que comparan el anuncio venido de afuera con la luz interior de la verdad”⁶⁹.

4. El proceso es paidéico, de “a dos”

¿Puede la persona llegar sola a su fin? Este camino y purificación nunca es un camino en soledad sino que implica otro, que puede ser Dios mismo hablando en el fondo del alma, como el Maestro Interior de San Agustín: “nada de bueno le digo a los hombres que no me hayas dicho antes”⁷⁰. El que es indigente y falible necesita un auxilio. Por otra parte, el que consigue traspasar el camino y lograr la meta de la sabiduría tiene la necesidad de comunicar a otros lo que son realmente las cosas, como el filósofo de la caverna. Siempre se da un impulso de procreación y perpetuación de sí mismo en sus iguales; “la naturaleza mortal busca en lo posible existir siempre y ser inmortal”⁷¹. Ésta es la función que ha asumido vivamente el político griego que, junto al poeta, es el maestro por antonomasia. Es quien ha engendrado el marco disposicional para que germine la virtud y la ulterior chispa divina en sus conciudadanos.

La educación es ese camino que se hace de a dos, uno auxiliando al otro para el logro de una plenitud de aptitudes por la cual el hombre puede llegar a autoconducirse de manera libre y recta hacia fines individuales - su propia perfección -y comunes- el bien común familiar, el bien común político y el bien común total, trascendente, que es Dios - que perfeccionan su naturaleza⁷².

Se torna necesario el camino educativo por el estado inicial del hombre en el que se da una dualidad originaria. Es necesario todo un curriculum de “ciencia y conversión”. Se presentan interrogantes importantes: “¿Solo, se puede lograr? Pero, ¿puede un hombre educar a otro hombre? ¿Influir en él, en su libertad? ¿Hasta dónde es educación y hasta dónde puede ser manipulación y dominio ilegítimo? Éste es en última instancia todo el problema de la comunicación entre los “centros ópticos”, tema que excede este lugar.

Se ve aquí la figura del maestro como tipo acabado de hombre. Este tipo es en última instancia, el *filósofo*, es decir, el hombre que llegó a ver la Verdad, que llegó a tener con ella cierta connaturalidad. Precisamente Santo Tomás define al Maestro como aquél que transmite la verdad que ha contemplado. Aquí la palabra filósofo no se refiere a quien estudia o enseña filosofía sino que está tomado como prototipo humano, como fiel buscador de la verdad. Por eso el maestro puede ser aquí sinónimo de filósofo. Y se da la paradoja de que se comienza en una dualidad personal, en contacto con otra persona y se termina en el logro de una fuerte unidad personal y en una auténtica unidad amical con el maestro.

Este camino se puede ejemplificar con el camino que describe San Agustín en sus Confesiones, en el que se puede distinguir:

f) el estado inicial:

“... mi alma, enferma y ulcerosa, se proyectaba miserablemente hacia fuera, ávida del halago de las cosas sensibles” (Libro III, cap. 1). “Me convertí en un oscuro enigma para mí mismo. Le preguntaba a mi alma ‘¿por qué estás triste y así mi conturbas?’ (ps.41) pero

⁶⁷ Ibidem 535 c

⁶⁸ Ibidem 536 a

⁶⁹ Confesiones, X, VI, pág. 405.

⁷⁰ Idem., X, II, pág. 394.

⁷¹ PLATÓN: El Banquete, 207, d

⁷² RUIZ SÁNCHEZ: ob. Cit.

ella nada tenía para responderme...” (Libro IV, cap. IV). “soy para mí mismo una carga pesada” (Libro X, cap. XXVIII). “algo hay siempre en el hombre que ni su propio espíritu conoce” (Libro X, cap. V).

g) el conflicto:

“Conturbado en el rostro y en el ánimo por aquella bravísima pelea interior que en ese recinto tuyo que es mi corazón libraba yo con mi propia alma, (exclamé): ¿por qué tenemos que aguantar todo esto?” (Libro VIII, cap. VIII). “Me ponías frente a mí mismo para que viera mi fealdad [...] Me horrorizaba el verme así, pero no tenía manera de huir de mí mismo” (Libro VIII, cap. VII). “[...] y yo me quedé frente a mí mismo [...]. Y mi espíritu se estremecía con turbulenta indignación porque no iba yo al compás de tu voluntad cuando todos mis huesos clamaban por Ti con un clamor de alabanza, que se levantaba hasta el cielo” (Libro VIII, cap. VIII). “[...] me volví a mí mismo y me pregunté: y tú quién eres? Y contesté: soy un hombre, y tengo un cuerpo que mira al exterior y un alma que está en mi interior” (Libro X, cap. V)

h) necesidad de la ayuda:

“nadie podía intervenir en la dura lucha en que andaba conmigo mismo, hasta que se produjera un desenlace que Tú conocías, pero yo no”(Libro VIII, cap. VIII). “Tú estabas delante de mí; pero yo me había retirado de mí mismo y no me podía encontrar. Cuánto menos a Ti!” (Libro V, capítulo III). “En dónde, Verdad Suma, no has estado conmigo enseñándome de qué me debo precaver y qué es lo que debo apetecer, cuando te manifestaba yo mis pensamientos más interiores y pedía tu consejo?” (Libro X, cap. XL). “Y te escuchaba en tus enseñanzas y en tus mandamientos ...” (Libro X, cap. XL). “Pero, ¿qué soy, Dios mío, y cuál es mi esencia?” (Libro X, cap. XVII). “Y lo mandado lo hago yo con palabras y acciones bajo la sombra de tus alas; pero el peligro sería grande si mi alma no estuviera bajo tus alas y sujeta a ti que tan bien conoces mi flaqueza” (Libro X, cap. IV).

i) la búsqueda o el camino:

“... acongojado y febril en mi indigencia de verdad, yo te buscaba; pero no con mi inteligencia racional que nos hace superiores a las bestias, sino según los sentimientos de la carne [...]. Tal hembra me pudo seducir porque me encontró fuera de mí mismo, habitando en el ámbito de mis ojos carnales.” (Libro III, cap. VII). “Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva! Tarde te amé. Tú estabas dentro de mí, pero yo andaba fuera de mí mismo, y allá afuera te andaba buscando. Me lanzaba todo deforme entre las hermosuras que Tú creaste. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo [...]. Gusté tu sabor y por eso ahora tengo más hambre y más sed de ese gusto. Me tocaste, y con tu tacto me encendiste en tu paz” (Libro X, cap. XXVII). “Pasé luego a la sede del espíritu, que puede recordarse a sí mismo y tiene, en consecuencia, asiento en la memoria; pero allí tampoco estabas” (X, cap. XXV). “¿No es verdad que lo que todos desean y buscan es la vida feliz y que no existe hombre alguno que no la desee? Pero, ¿en dónde la conocieron para desearla así? ¿En dónde la vieron y se encendieron de amor por ella? Porque nadie desea lo que no conoce. Pero, ¿cómo supieron de ella? [...] el deseo mismo sería imposible si de ningún modo tuvieran la noción de la beatitud”(Libro X, cap. XX). “Mira cómo subiendo por mi alma hacia ti, [...] con el anhelo de alcanzarte por donde te podemos alcanzar.” (Libro X, cap. XVII). “Es por mi alma por donde podré subir hacia Él [...] el caballo y el mulo no lo pueden encontrar pues carecen de entendimiento” (Libro X, cap. VII).

j) El encuentro y estado de plenitud

(provisorio) “Algunas veces, allá muy adentro de mí, me haces entrar en un afecto de dulzura inusitada tal que si llega a a su plenitud no entiendo cómo podría llamarse vida lo que no es esa vida” (Libro X, cap. XL). “Lo cierto es que habitas en mí, y que te recuerdo siempre, desde que te conocí; y en la memoria te hallo cuando me acuerdo de ti”. (Libro X, cap. XXV).

“Me gozo lleno de temor en los dones que me has dado y harto me duelo de no estar aún consumado en la virtud; pero me anima la esperanza de que tu misericordia me lleva hasta la paz plenaria que en ti van a tener mi hombre interior y mi hombre exterior cuando *la muerte sea absorbida en la victoria*” (Libro X, cap. XXX). “Encontré a mi Dios donde encontré la verdad, pues mi Dios es la verdad; y una vez conocida no puedo olvidarla” (Libro X, cap. XXIV). “Lo que sé, lo sé porque tú me lo iluminas; y lo que de mí ignoro seguiré sin saberlo hasta que mis tinieblas se vuelvan como el mediodía en tu presencia”. (Libro X, cap. VI).

5. La cumbre y plenitud: contemplación y autoconciencia

Lo que el hombre necesita para poder autoconducirse es que se haya formado en él como una segunda naturaleza, hábitos que le permitan operar fácilmente y con economía de esfuerzos hacia el bien y la verdad. Estos hábitos constituyen el camino y término. Son necesarios para constreñir las posibilidades infinitas de error y ayudar al hombre a actuar eficazmente en el camino hacia su fin.

En la cumbre de todos los hábitos está la sabiduría, cima de la naturaleza humana. Es meta ardua, por lo que el *filósofo*, como prototipo de hombre, es su amante, el eterno enamorado de algo que sabe no puede encontrar definitivamente, ya que hallándolo, se le vuelve nuevamente inasible. En la medida en que se sabe, se sospecha todo lo que se ignora, por lo que el verdadero sabio vuelve a admirarse con una admiración distinta de aquella que lo movió a comenzar las inquisiciones⁷³. Esta lección, por lo menos desde *Sócrates*, se instaló en los tópicos básicos de los verdaderos sabios. Pero ello no es obstáculo para seguir aspirando a ese estado. Y esa sabiduría es la que colma la naturaleza humana.

Todo proceso educativo, la *paideia* misma, surge del *eros*, que es la fuerza propulsora de la educación de sí mismo, que termina convirtiéndose en *areté*. El *eros* es la fuerza educadora porque desvía de las acciones viles y es un brío que sirve al amigo y le ayuda a desarrollar su propio ser. Es un camino de ascenso espiritual, que culmina en la posesión permanente de lo bello, del Bien. El hombre mismo se convierte en bello y bueno, con lo que realiza lo que ya es potencialmente. La educación consiste entonces en el instalarse en lo mejor de la propia personalidad, que es lo que de eterno hay en el hombre, y hacerlo triunfar en él. Éste es el mensaje de *Platón* tanto en la *República* como en el *Banquete*. Es preciso -dice- hacer coincidir las dos normas, la del amor al otro y la del amor a la sabiduría y a toda forma de virtud, la norma del amado y la del amante⁷⁴. Hacer coincidir el fin del agente y del paciente, nos dirá *Santo Tomás*, para que la verdadera educación se dé.

Los protagonistas son siempre educando y educador, el pedagogo que conduce, el doctor que posee la doctrina y que enseña del *rebalse de su contemplación*, como traduce *Castellani* a *Santo Tomás*; el *magister*, que hace ser más al otro; el padre, que es el prototipo de quien dirige, rige y corrige en un ambiente de amistad y amor: “*Amuchiguar (multiplicar) non se puede el Pueblo en la tierra, solamente por facer fijos, si los que ouiren fecho, no los supieren criar, e guardar que venga a acabamiento de ser omes.. ... e por esto natura da a los padres amar a los fijos más que otra cosa: A esta amistad los aduze a criarlos con gran piedad, .. para que vengan a crianza cumplida, a ser omes acabados ...*”⁷⁵.

Siempre es necesario ese auxilio cuyo cometido principal es despertar en el discípulo los motivos fuertes para emprender el camino; velar para que no erre; quitar y desbrozar como el hortelano la tierra para que la maleza no ahogue los buenos propósitos; ser una especie de apoyo o sostén; darle fuerzas cuando decae; acompañarlo e interceder por él, como la *Atenea* con *Ulises*.

Santo Tomás resume toda la acción del maestro en el tratar de que el discípulo haga el

⁷³ ARISTÓTELES: *Metaf.* I,2

⁷⁴ PLATÓN: *Banquete*, 184 d

⁷⁵ ALFONSO X, *Ley 3*, título 20

mismo camino que hizo el propio maestro o que haría quien logra por primera vez ciencia, arte o virtud. En definitiva ese camino es un convertirse, mirar hacia dentro de sí mismo, para ver, escuchar a la Verdad, al Bien, a la Belleza, que es Cristo en cada uno de nosotros, el Maestro Interior. La contemplación así se convierte en *estado*, en su sentido etimológico como *cum templum*, en cuanto es “detenerse ante el ser como sagrado”, “acción cultural”⁷⁶, no ya ante el ser creado que transparenta al Creador, sino ante Él mismo. Contemplación que ha de ser verdadera actividad, autosuficiente, que se la busca por sí misma, que es la propia de Dios mismo, y que no acabará jamás⁷⁷

6. Conclusión

La educación puede ser vista, entonces, como un proceso que se inscribe en el desenvolvimiento cualitativo de la vida humana. Se inicia por una necesidad que experimenta el hombre al conocer tan opacamente lo que lo rodea y a sí mismo. El estado originario se caracteriza por la indigencia y falibilidad para conocer lo que las cosas son, para tener un conocimiento acabado de sí mismo y para ser realmente libre. Esto crea incomodidad, angustia y ansiedad por alcanzar lo que se sospecha que va a significar la felicidad. Algunos despiertan en sí el deseo de vencer esas tinieblas, de ver más nítidamente. El tiempo y todas las mutaciones se le presentan también como algo a obstáculos, ya que quien ansía la felicidad, anhela que no se acabe, anhela la eternidad, la superación del tiempo.

El hombre en este camino, a medida que va clarificando su vista y ganando en precisión, se percata de que las cosas no son sino imágenes que funcionan como mojones y guías en el camino para llegar a **Lo** espejado. Esto motiva un conflicto que obliga a no cejar en la búsqueda, a caminar, y así, buscando y contemplando en imágenes la gloria del Señor de todo se va el hombre transformando, no sin luchas. Va pareciéndose más a Aquél que busca, va ganando en estabilidad y permanencia. Termina así siendo “más persona”, de naturaleza más divina, “partícipe de la naturaleza divina”⁷⁸. En una palabra, encuentra la felicidad buscada y Al que la produce.

Sin dudas, ese mismo Ser es el que dispensará gratuitamente alimentos que fortifiquen y garanticen el eficaz arribo a puerto. Sin la Gracia ese camino no será transitado. El maestro preparará para que el discípulo no la deje pasar en vano.

Graciela B. Hernández de Lamas

⁷⁶ BENDA, A.: Hacia una pedagogía de la contemplación, pág. 525.

⁷⁷ ARISTÓTELES, Ética Nicomaquea, Libro X, cap. 8.

⁷⁸ San PEDRO, II carta, cap. I, vers. 4.